

Tug-of-war

PADRES: Este es un cuento del folclore africano. La gente de las diferentes partes de Africa lo cuenta con distintos animales—una tortuga, un puercoespín, un conejo—como el protagonista central. Pero todas las versiones comparten el tema (que encontramos también en los cuentos norteamericanos de Brer Rabbit, cuyas raíces son africanas) del personaje grande y fuerte que es superado en astucia por otro más pequeño e inteligente.

Si su niño no conoce el juego de tug-of-war (lucha de la cuerda), tal vez quiera usted explicárselo antes de leerle la historia.

La Tortuga era muy pequeña, pero hablaba en grande. Le encantaba alardear y jactarse, diciendo cosas como: “Soy tan poderosa como el más grande de los animales; sí que lo soy. Y eso incluye al Elefante y al Hipopótamo. Eso es cierto: el Elefante y el Hipopótamo me llaman ‘amiga’ porque soy tan poderosa como ellos.”

Sucedió un día que el Elefante y el Hipopótamo supieron por los otros animales, lo que la Tortuga iba por ahí diciendo. Ambos animales se echaron a reír. “¿Así que la Tortuga dice que la llamamos ‘amiga’? Esa es la cosa más absurda que jamás hayamos escuchado. No la llaman amiga. Es tan insignificante que ni la tomamos en cuenta.”

Cuando los animales le contaron a la Tortuga lo que el Elefante y el Hipopótamo habían dicho, ésta se molestó mucho. “¿Así que no me toman en cuenta por ser tan pequeña? ¿Y que no me llaman amiga? Sólo esperen y verán. Yo les demostraré quién es en verdad poderoso. Y me van a llamar ‘amiga’, ¡ya lo verán!” Y salió para encontrar al Elefante y al Hipopótamo.

Encontró al Elefante acostado en el bosque. El Elefante era tan grande como una montaña; su trompa era tan larga como un río. Pero la Tortuga era osada. Fue directamente hacia el Elefante y le gritó: “¡Oye amigo, levántate y dile hola a tu amiga!”

El Elefante miró alrededor para ver de dónde venía la voz. Al fin miró hacia abajo—muy hacia abajo—y vio a la Tortuga. “Ah, eres tú,” dijo El Elefante. “Vete, animal insignificante. Y fíjate a quién llamas ‘amigo’.”

“Te llamo ‘amigo’ porque eso es lo que eres—¿correcto, Elefante?”

“¡Te equivocas!” bramó el Elefante. “¿Y qué es toda esa tontería que he escuchado, que tú dices ser tan poderosa como yo? ¿Cómo te atreves a pensar que tú eres igual a mí?! No seas tonta, pequeña criatura.”

“Ahora escúchame Elefante,” dijo la Tortuga. “Es verdad que te llamo ‘amigo’, y sí, yo digo que somos iguales. ¿Tú crees que porque eres mucho más grande eres mejor que yo? Muy bien, juguemos un tug-or-war para averiguarlo.”

“¿Un tug-or-war?” respondió el Elefante. Y se echó a reír tan fuertemente que la tierra tembló varias millas a la redonda.

“¿Para qué?” le dijo a la Tortuga. “No tienes el menor chance.”

“Tal vez sí, tal vez no,” dijo la Tortuga. “Pero si estás tan seguro, no tienes nada que perder.” Y dicho esto, La Tortuga cortó una liana muy larga y le dio un extremo al Elefante. “Aquí tienes,” le dijo la Tortuga, “Si yo te halo, seré el mejor. Si tú me halas,

serás el mejor. No dejaremos de tirar hasta que uno de los dos arrastre al otro, o hasta que la liana se rompa. Y si la liana se rompe, quedaremos empatados y nos llamaremos uno al otro ‘amigo’.”

La Tortuga se fue caminando con el otro extremo de la larguísima liana, hasta que se encontró con el Hipopótamo, que se bañaba en el río.

“¡Oye, amigo, acá estoy!” le gritó la Tortuga. “¿Por qué no sales del agua y saludas a tu amiga?”

El Hipopótamo no podía creer lo que escuchaba. “¡No me llames ‘amigo’, pequeño animal bueno para nada!” resopló.

“Espera, espera, amigo Hipo,” le dijo la Tortuga. “¿Tú crees que por ser mucho más grande que yo, eres mejor? Bueno, hagamos un tug-or-war y así lo averiguaremos. Quien jale la liana hasta arrastrar al otro será el mejor. Tiraremos hasta que uno de los dos gane o hasta que la liana se rompa. Y si se rompe quedaremos empatados y nos llamaremos uno al otro ‘amigo’.”

“Oye, tonta Tortuga, no debe haber cerebro en esa hueca cabecita,” le respondió el Hipopótamo. “Te tumbaré antes de que puedas siquiera pestañear.”

“Eso lo veremos,” dijo La Tortuga, y le dio al Hipopótamo el otro extremo de la larguísima liana. “Ahora iré a coger el otro extremo, y cuando sientas que empiezo a jalar, tu tirarás hacia el otro lado.”

La Tortuga se internó en el bosque, cogió la liana por el centro y le dio un fuerte tirón. Cuando el Hipopótamo sintió esto, empezó a jalar. Y cuando el Elefante sintió el tirón, empezó también a jalar.

Tanto el Elefante como el Hipopótamo jalaban tan fuertemente que la liana se estiró por completo. La Tortuga, mientras tanto, estaba cómodamente sentada en un claro, viendo como la liana se iba, un poco hacia un lado, y luego un poco hacia el otro. Sacó su merienda y se puso a comer muy despacio, disfrutando cada bocado. Luego bostezó y se quedó dormida.

Un par de horas más tarde se despertó, sintiéndose muy descansada por la siesta. Miró hacia arriba y al ver que la liana seguía muy estirada, sonrió. En efecto, el Elefante y el Hipopótamo seguían jalando con todas sus fuerzas. Ninguno de los dos lograba arrastrar al otro.

“Creo que ya es hora,” se dijo La Tortuga, y cortó la liana.

Cuando ésta rompió, tanto el Elefante como el Hipopótamo salieron rodando: ¡PUMP BUMPITI-BUM BAM BUM!

La Tortuga se acercó al Elefante y lo encontró tirado en el suelo, sobándose la cabeza.

“Tortuga,” le dijo, “tú sí que eres poderosa. Tenías razón, somos iguales. Veo que más grande no significa mejor, después de todo, mi ... uh, mi—*amiga*.”

Luego la Tortuga fue a ver al Hipopótamo, que estaba también tirado en el suelo, sobándose la cabeza.

“Bueno, Tortuga,” le dijo el Hipopótamo. “Somos iguales, después de todo. Tenías razón, *amiga*.”

Desde ese entonces, cada vez que los animales se reunían, al frente se sentaba el Elefante, el Hipopótamo y la Tortuga. Y siempre se llamaban uno al otro “amigo.” Ellos son amigos, es verdad—pero dime, ¿crees que son iguales?

ILUSTRACIÓN

La cenicienta

ILUSTRACIÓN

Había una vez un hombre muy rico, cuya esposa cayó gravemente enferma. Ella sentía que su fin estaba próximo, por lo que llamó a su lado a su única hija. “Querida hija,” le dijo, “sé siempre buena, que yo desde el Cielo velaré por ti.” Luego, cerró sus ojos y murió.

Todos los días la pequeña niña iba a llorar a la tumba de su madre y trataba de portarse siempre bien. Cuando llegó el invierno, la nieve cubrió la tierra como una inmensa sábana blanca; y al llegar la primavera, el sol derritió toda la nieve. Fue entonces que el padre de la pequeña contrajo nupcias otra vez. Así tuvo la niña una madrastra—y ése fue el inicio de los malos tiempos para la pequeña.

Para que lo sepan, la madrastra era la mujer más orgullosa y desagradable que existía sobre la faz de la tierra. Tenía dos hijas, que eran tan orgullosas y odiosas como ella. La madrastra no soportaba a la dulce y amable niña, que era tan distinta a sus hijas, y la obligaba a realizar las tareas más duras de la casa. La pobre tenía que lavar los platos, fregar los pisos y lavar toda la ropa. Cuando terminaba todas las labores, se sentaba, triste y sola, cerca de la chimenea, entre las cenizas. Por eso se le empezó a llamar “Cenicienta.”

Las hermanastras de Cenicienta tenían hermosas habitaciones con camas suaves y mullidas alfombras y espejos tan grandes que se podían mirar en ellos de cuerpo entero. En cambio, a la pobre Cenicienta le habían dado una pequeña habitación en el ático, con una miserable cama de paja. Pero ella lo soportaba todo con paciencia y no se quejaba ante su padre, pues su nueva esposa lo tenía completamente dominado.

Sucedió que un buen día el príncipe, hijo del rey, anunció que iba a ofrecer un baile. Cuando escucharon el anuncio, las hermanastras gritaron de emoción. Todas las jóvenes del reino estaban invitadas a asistir al gran baile en el palacio. Durante días se dedicaron a emperifollarse frente al espejo y no hablaban de otra cosa que no fuera lo que se pondrían para el acontecimiento.

“Yo, por mi parte,” dijo la hermana mayor, “me pondré mi vestido de terciopelo rojo con adornos de encaje.”

“Y yo,” agregó la menor, “me pondré una túnica de flores doradas, con cinturón de diamantes, que saldrá de lo común.”

Y ambas jaloneaban a Cenicienta “Nos tienes que ayudar a alistarnos para el baile. ¡Límpianos los zapatos! ¡Péinanos! ¡Vamos, apúrate!”

Nadie mejor que Cenicienta sabía arreglarles el cabello en moños y las ayudó sin que-

jarse. Pero en el fondo deseaba ir al baile y se imaginaba danzando en los brazos del príncipe.

Por fin llegó el gran día. Las hermanastras y su madre partieron para el baile. Cenicienta se quedó mirándolas hasta que las perdió de vista. Entonces, empezó a llorar, de lo sola y miserable que se sentía.

Pero Cenicienta no estaba sola, después de todo; escuchó una voz suave que le decía: “¿Qué te pasa, querida?”

Cenicienta alzó la vista y vio a una anciana de rostro amable. “Yo quisiera-yo quisiera si pudiera-” empezó a decir Cenicienta, pero no acabó la frase porque sus lágrimas y suspiros se lo impidieron.

“Tú quisieras ir al baile, ¿es eso?” dijo la anciana.

“¡Bueno, sí!” exclamó Cenicienta sorprendida.

“¡Entonces así será!” le dijo la dama, que como imaginarán, era el hada madrina de Cenicienta. “Ahora corre al jardín y tráeme una calabaza,” le dijo a Cenicienta.

Cenicienta se fue inmediatamente al jardín, aunque no podía imaginar qué tenía que ver una calabaza con el hecho de ir al baile. Vio cómo su hada madrina sacaba el interior de la calabaza, dejando sólo la cáscara. Después la tocó con su varita mágica y al instante la calabaza se convirtió en un increíble carruaje forrado en satén.

“Ahora, querida,” le dijo el hada madrina, “tráeme la ratonera de la casa.” Cenicienta le llevó la ratonera, dentro de la cual habían seis ratoncitos vivos. “Abre la puerta de la ratonera, querida,” dijo el hada madrina. Y mientras los ratones se escurrían fuera, les dio un toque con su varita mágica, convirtiéndolos en seis finos caballos, todos de un hermoso color gris, como el de los ratones. A continuación, con un toque de su varita convirtió una rata grande en un cochero gordo y jovial, de largo bigote.

“Bueno,” dijo el hada madrina con una sonrisa, “¿estás contenta? ¿Ya estás lista para ir al baile?”

“¡Oh, sí!” respondió Cenicienta. “Pero ... ¿debo ir en estas fachas?”

Su hada madrina se rió, y tocándola con su varita, convirtió los harapos de la joven en un deslumbrante vestido hecho con hilos de oro y plata. Y en sus pies aparecieron un par de zapatillas de cristal, las más bellas del mundo. Cenicienta se subió al carruaje, pero antes de que éste partiera, el hada madrina le hizo esta advertencia: “No permanezcas en el baile ni un instante más después de la medianoche. Cuando el reloj marque las doce, el carruaje volverá a convertirse en calabaza; los caballos, en ratones; el cochero, en una rata, y tu vestido será otra vez la vieja ropa que llevabas.”

ILUSTRACIÓN

Cenicienta le prometió que se iría antes de la medianoche. Luego, dándole otra vez las gracias, se alejó en el carruaje, sintiéndose más feliz que nunca en su vida.

En el palacio, el príncipe escuchó que había llegado una bella princesa, pero que nadie sabía quién era, así que salió a recibirla y la guió de la mano hacia el inmenso salón que estaba lleno de gente. Cuando entraron, se produjo un silencio en el salón. Las parejas dejaron de bailar, los músicos dejaron de tocar: todos se quedaron mirando

la belleza de la desconocida que acababa de llegar.

El príncipe le pidió a Cenicienta que bailara con él. Bailaron una vez, y otra vez, y muchas veces más. El rostro de Cenicienta resplandecía de felicidad. Todos en el baile la miraban con admiración—todos, excepto las dos envidiosas hermanastras, que la miraban furiosas sin saber que se trataba de Cenicienta.

Se sirvió una elegante cena, pero el príncipe no comió un bocado, tan ocupado como estaba mirando a Cenicienta a los ojos. Para la joven, la música, el baile, la cálida mirada del príncipe—todo le parecía un sueño maravilloso.

¡Pero cómo vuela el tiempo cuando el corazón está feliz! Cuando Cenicienta empezó a bailar otra pieza con el príncipe, escuchó que la campana del reloj del palacio empezaba a sonar: uno ... dos ... tres ...

“¡Oh!” se sobresaltó. “¡El reloj! ¿Qué hora es?”

El príncipe le respondió: “Es medianoche.”

¡*Medianoche!* El rostro de Cenicienta empalideció. Dio media vuelta y corrió escaleras abajo. Al llegar al pie de las escaleras se tropezó y se le salió una de las zapatillas. Pero ya no podía detenerse, pues acababa de sonar la undécima campanada. La duodécima campanada sonó justo en el momento en que, sin aliento, abandonaba el palacio y se sumergía en la oscuridad. Y en ese preciso instante sintió cómo el suave vestido se convertía otra vez en las ásperas ropas que antes llevaba.

Su lujoso carruaje había vuelto a ser una calabaza, así que tuvo que correr sola hasta su casa. Al llegar estaba casi sin aliento, pero subió rápidamente las escaleras hasta el frío cuarto del ático. Recién entonces se dio cuenta: ¡aún tenía puesta la otra zapatilla de cristal!

Por otro lado, en el palacio, el príncipe había corrido tras Cenicienta. Y aunque no pudo alcanzarla, sí encontró, al pie de la escalera, la zapatilla de cristal que se le había caído a Cenicienta.

Por esa razón, a la siguiente mañana el sonido de trompetas despertó a todo el reino y el príncipe anunció que contraería matrimonio con la joven a quien le quedara el zapatito. Y envió emisarios para que probaran la zapatilla a todas las jóvenes del reino.

Los hombres iban de casa en casa, probando la zapatilla en uno y otro pie. Pero en algunos casos la zapatilla quedaba muy grande; en otros demasiado pequeña; o muy ancha, o muy angosta.

Y así fue que llegaron a casa de Cenicienta y sus hermanastras. Una detrás de la otra, las hermanastras encogían y empujaban el pie dentro del zapato, pero no lograron ponérselo.

En eso, de entre las sombras apareció Cenicienta y dijo: “Déjeme probar si me queda.”

“¡Tú!” exclamaron al unísono las hermanastras. “Regresa a las cenizas a donde perteneces.”

Pero el emisario del príncipe dijo que tenía órdenes de probar la zapatilla a todas las doncellas del reino. Enseguida le probó la zapatilla a Cenicienta, ¡y le calzó perfectamente! Las hermanastras se quedaron boquiabiertas. Y se quedaron aún más atónitas cuando Cenicienta sacó de su bolsillo la otra zapatilla de cristal.

En ese momento las hermanastras reconocieron a Cenicienta como la bella princesa que habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies y le pidieron perdón por lo mal que siempre la habían tratado. Cenicienta era tan generosa que las perdonó y las abrazó.

Algún tiempo después, cuando Cenicienta se casó con el príncipe, invitó a su madrastra y a sus hermanastras a vivir en el palacio. Y ahí, Cenicienta y el príncipe vivieron felices para siempre.

ILUSTRACIÓN

El lobo y los siete chivitos

(Un cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez una mamá cabra que tenía siete chivitos, a quienes quería muchísimo.

Un día reunió a sus siete niños y les dijo: “Queridos niños: debo ir al bosque a conseguir comida para comer. Mientras yo esté lejos, tengan mucho cuidado con el lobo. Si lo dejan entrar, ¡se los comerá enteritos! Esta malvada criatura frecuentemente se disfraza. Pero ustedes lo podrán reconocer por su voz gruesa y sus patas negras.”

“No te preocupes, madre,” dijeron los niños, “nos cuidaremos bien.” Entonces la madre se despidió y se alejó tranquila.

De repente alguien tocó a la puerta y se escuchó una voz que decía: “Abran la puerta, niños queridos, su madre ha regresado y les ha traído algo a cada uno.” “¡Pero, qué voz tan gruesa!”

“¡No vamos a abrir la puerta!” gritaron los chivitos. “Nuestra madre tiene una voz dulce y amable y tu voz es gruesa. ¡Tú debes ser el lobo!”

El lobo se fue corriendo hacia una tienda y compró una especie de tiza, que ingirió para hacer afinar su voz. Luego regresó y tocó la puerta, diciendo con voz suave: “Abran la puerta, niños queridos, su madre ha regresado y les ha traído algo a cada uno.”

Pero el lobo puso sus garras contra la ventana y los niños vieron su piel negra.

“¡No, no abriremos la puerta!” gritaron los niños. “Las patas de nuestra madre no son negras. ¡Tú debes ser el lobo!”

Entonces el lobo fue corriendo a buscar al panadero y le dijo: “Panadero: mi pie está herido. Unta algo de masa sobre él.”

Y una vez que el panadero lo hizo, el lobo fue al molinero y le dijo: “Molinero, salpica un poco de harina blanca sobre mis patas.” El molinero se negó porque pensó que seguro quería engañar a alguien, a lo que el lobo respondió: “Si no lo haces, te comeré. El molinero se asustó e hizo lo que el lobo le pedía—lo cual demuestra cómo puede ser la gente.”

Por tercera vez el lobo tocó la puerta y dijo con un tono amable: “Abran la puerta, niños queridos, su madre ha regresado y les ha traído algo a cada uno.”

“Primero muéstranos tus patas,” dijeron los chivitos. Y el lobo colocó sus patas enharinadas contra la ventana. “Sí, debe ser nuestra querida madre,” dijeron los chivitos y abrieron la puerta.

De un salto el lobo entró a la casa. Los chivitos corrieron a tratar de esconderse. El primer chivito se escondió bajo la mesa. El segundo, se metió bajo la cama. El tercer chivito se metió en el horno. El cuarto fue corriendo hacia la cocina. El quinto chivito se trepó a un armario. El sexto se ocultó bajo la tina y el séptimo chivito se escondió dentro del gran reloj de péndulo. Pero el lobo los encontró y se los devoró a todos—a todos, excepto al más pequeño, que estaba escondido en el reloj de péndulo.

El lobo, sintiéndose satisfecho y feliz, se dirigió hacia el bosque, se recostó bajo la sombra de un árbol y se quedó profundamente dormido.

Al poco rato, regresó la madre a casa, y—¡qué fue lo que vio! ¡Que triste espectáculo ante su vista! La puerta abierta de par en par. Las mesas y las sillas tiradas. Los platos rotos, las camas todas revueltas. Empezó a llamar a sus pequeños, pero nadie respondía, hasta que de pronto escuchó la vocecita del menor de sus hijitos.

“¡Acá estoy, madre!” dijo con voz asustada, “aquí dentro del reloj.”

La madre lo ayudó a salir y el pequeño le contó cómo el lobo había entrado y se había comido a los otros chivitos.

“¡Cómo lloraba la madre por sus pobres chivitos!”

ILUSTRACIÓN

Aún llorando, se marchó con el menor de sus hijos y pronto llegaron al bosque. Allí vieron al lobo durmiendo bajo un árbol y roncando tan fuerte, que hacía temblar las ramas. De pronto, la mamá cabra vio que algo se movía dentro de la barriga del lobo.

“¡Dios mío!” pensó. “¿Será que mis pobres criaturas están aún vivas?” Y envió a su pequeño a casa por unas tijeras, hilo y aguja. El pequeño regresó pronto y la madre le abrió un ojal en la barriga al lobo. Ni bien hizo el primer corte, cuando apareció la cabeza de uno de los chivitos y saltó fuera, al segundo corte apareció otro, y así fueron saliendo los seis chivitos, que afortunadamente estaban bien, pues por su voracidad, el lobo se los había tragado enteros.

“Ahora,” dijo la madre, “recojan algunas piedras pesadas y llenaremos su cuerpo con ellas mientras aún está dormido.”

Los chivitos fueron rápidamente a traer las piedras y se las metieron al lobo en la barriga. La madre se la cosió con aguja e hilo, mientras que el lobo seguía roncando.

Cuando finalmente el lobo se despertó, sintió mucha sed. Pero mientras caminaba hacia el estanque las piedras rodaban dentro de él, y dijo:

*“¿Qué es esto que me golpea los huesos?
Pensé que eran chivitos, pero pesan como piedras”*

Al llegar al estanque se inclinó para beber agua, pero el peso de las piedras hizo que—¡splash! se cayera hasta el fondo y nunca pudiera salir.

“¡Hurra, hurra, el lobo se murió!” cantaban los chivitos, bailando alrededor de su madre con alegría.

El Rey Midas

(Mito de la antigua Grecia, adaptado por Nathaniel Hawthorne en *Wonder Book*)

Había una vez un rey muy rico cuyo nombre era Midas.

Aunque el Rey Midas vivió hace muchísimo tiempo, era como algunas personas de hoy en día: le encantaba el oro. Amaba el oro más que cualquier cosa en el mundo. Si por casualidad veía las nubes teñidas por el dorado sol, él deseaba que esas nubes fueran en verdad de oro.

Si había algo que el Rey Midas amaba más que el oro, era a su pequeña hija, llamada Marygold. Cuando Marygold corría hacia él con un ramo de botones de oro y dientes de león, el rey le decía: “Querida niña, si estas flores fueran doradas como lucen, entonces sí valdría la pena recogerlas.”

Al rey alguna vez le habían gustado las flores. Años atrás había plantado un jardín lleno de rosas hermosas y de exquisita fragancia. Pero ahora, cuando miraba las rosas, lo único que hacía era preguntarse cuánto costaría cada rosa si sus pétalos fueran una fina lámina de oro.

Cada día el Rey Midas pasaba horas enteras encerrado en una oscura habitación en el sótano del palacio. Allí guardaba el rey sus tesoros. Entraba en ella y cerraba la puerta detrás de sí con extremo cuidado. Le gustaba sacar las monedas de oro de los sacos para amontonarlas en pilas y recorrer sus manos entre éstas. Mientras hacía esto, murmuraba para sí: “¡Oh, rico Rey Midas, qué feliz eres!” Pero aun cuando decía eso, sentía que, en el fondo, no era tan feliz como quería. No importaba cuánto tenía, siempre quería tener más.

Un día, mientras se encontraba entretenido en su habitación de los tesoros, miró hacia arriba y vio a un joven muy extraño, que parecía brillar con un dorado resplandor. El Rey Midas estaba seguro de haber cerrado bien la puerta, así que nadie podía haber entrado; sin embargo, ahí estaba parado ese joven. Pensó que el extraño tendría tal vez algún poder mágico. Pero éste le sonrió gentilmente y el rey no tuvo miedo de él.

Luego el extraño le dijo: “Eres un hombre muy rico, amigo Midas.”

“Sí, tengo algo de oro, pero no lo suficiente,” le dijo Midas.

“¡Qué!” exclamó el extraño. “¿Entonces no estás satisfecho?”

Midas negó con la cabeza.

“¿Qué te haría sentir satisfecho?” le preguntó el extraño.

El Rey Midas se imaginó una montaña de oro apilada encima de otra, y otra, y otra, y aún así no le parecía suficiente. De pronto le vino a la mente una idea ingeniosa y le dijo al resplandeciente extraño: “Desearía que todo lo que toque se convirtiera en oro.”

El extraño sonrió y dijo: “¡Un toque de oro! ¿Y estás seguro que con eso quedarás satisfecho?”

“Sí, eso me haría completamente feliz y no pediría nada más,” contestó el Rey Midas.

“Entonces, será como lo deseas,” dijo el extraño. “Mañana amanecerás con el don del Toque de Oro.” Y repentinamente, la habitación se iluminó con un gran resplandor,

cegando a Midas. Cuando éste abrió los ojos, el extraño había desaparecido.

A la mañana siguiente, cuando apenas amanecía, el Rey Midas saltó de su cama.

Tocó una silla y ésta se convirtió en oro.

Tocó la cama y una mesa, y éstas se volvieron de oro, macizo y brillante.

Corrió a ponerse los zapatos, y se sorprendió al ver cómo en sus manos se convirtieron también en oro.

De su bolsillo sacó un pañuelo en el que su hija, Marygold, había hecho un bordado. La prenda se volvió de oro, así como las hermosas puntadas de su hija. Este cambio, sin embargo, no le terminó de satisfacer al Rey Midas.

Pero no dejó que ese pensamiento lo perturbara. Con gran excitación abrió la puerta— y se sintió muy complacido al ver que la perilla de la puerta se convertía en oro. Salió corriendo al jardín, donde vio que había muchas rosas floreciendo. Fue de rosal en rosal, tocando uno por uno, hasta que no quedó ni una flor, ni una hoja, ni un botón que no fuera de oro.

A esas alturas, ya el Rey Midas sintió hambre, por lo que volvió al palacio para desayunar. Levantó su taza de café y trató de beber un sorbo, pero en el preciso instante en que el líquido rozó sus labios, éste se convirtió en oro. Luego trató de comer un pedazo de huevo cocido, pero también se convirtió en oro.

“No sé cómo voy a hacer para tomar mi desayuno,” pensó Midas. Entonces se le ocurrió coger rápidamente una patata caliente de su plato, metérsela a la boca y tragársela sin demora. Pero el Toque de Oro era muy rápido para él. Se dio cuenta que tenía la boca llena, no de una suave patata, sino del metal caliente, que le quemó la lengua de tal manera, que empezó a dar saltos y patear por toda la habitación.

En ese momento, Midas escuchó un llanto. Dio media vuelta y vio que su hija entraba, ahogándose en llanto y suspirando como si se le fuera a romper el corazón. En su mano traía una de las rosas que su padre había convertido en oro.

“¿Qué pasa, mi pequeña niña?” le dijo el Rey Midas. “¿Qué puede haber en esta bella rosa dorada que te haga llorar?”

“Querido padre,” le respondió la niña, “¡no es bella! Es la flor más fea que haya existido. Tan pronto como me vestí esta mañana, corrí al jardín para recoger flores para ti. ¡Y qué crees que había sucedido? ¡Todas las bellas y fragantes rosas se han echado a perder!”

“Mi querida pequeñita,” le dijo Midas, que odiaba ver a su hija triste, “por favor no llores.” Enseguida se inclinó para besar a su hija, sintiendo que ella era mil veces más valiosa que cualquier cosa obtenida con su Toque de Oro.

“Mi preciosa Marygold!” le dijo. Pero ella no le respondió.

ILUSTRACIÓN

“¡Ay de mí!” ¿Qué había hecho? En el momento en que los labios del Rey Midas tocaron la cabeza de la niña, su rostro dulce y sonrosado se puso de color dorado brillante. ¡La pequeña Marygold ya no era un ser humano, sino una estatua de oro! Y en su

rostro quedó una interrogante expresión de amor y tristeza.

El Rey Midas gimió con desesperación, retorciéndose las manos; deseaba ser el hombre más pobre del mundo a cambio de tener a su hija nuevamente.

En ese momento notó que había alguien parado en el umbral de la puerta. Era el extraño joven que había aparecido el día anterior en el cuarto del tesoro. Brillaba éste con suave resplandor, y sonriendo, le preguntó al rey: “Y bien, amigo Midas, ¿cómo te va con tu Toque de Oro?”

“¡Soy tan infeliz!” se lamentó Midas.

“¿Infeliz?” preguntó el extraño. “¿Acaso no tienes todo lo que tu corazón desea?”

“No,” le dijo el rey. “El oro no lo es todo. He perdido lo que mi corazón realmente amaba.”

Le preguntó entonces, el joven: “¿Cuál de estas cosas crees que tiene más valor: el Toque de Oro, o un vaso de agua fresca y clara?”

“¡Un vaso de agua!” exclamó el rey.

“¿Qué vale más,” continuó el extraño, “el Toque de Oro, o una rebanada de pan?”

“Una rebanada de pan,” dijo el rey, quedamente.

“Y,” preguntó nuevamente el joven, “¿el Toque de Oro o tu pequeña Marygold?”

“¡Oh, mi niña, mi pequeña niña!” exclamó el pobre Midas. “¡No cambiaría ni uno de los cabellos de mi pequeña, por el poder de transformar todo este mundo en una sólida bola de oro!”

“Ahora eres más sabio de lo que eras, Rey Midas,” dijo el extraño. “Ve a sumergirte en el río que corre por tu jardín. El agua se llevará el Toque de Oro. Luego debes llenar esta jarra con agua y rociarás con ella todo lo que has tocado.”

El Rey Midas inclinó la cabeza y al levantarla nuevamente, el extraño había desaparecido. Luego el rey corrió tan rápido como le era posible y se lanzó al río. Llenó la jarra y volvió al palacio. Lo primero que hizo—no les será difícil imaginarlo—fue rociar agua a manos llenas sobre la estatua de oro de la niña.

Sus mejillas se tiñeron otra vez de color rosa. Miró sorprendida a su padre, pues ¡éste seguía echándole agua!

“¡Padre, detente, por favor!” gritó. “¡Mira cómo has mojado mi vestido!”

El Rey Midas tomó entre sus brazos a su hija y la besó. “Ahora soy verdaderamente feliz,” pensó. “Mi querida niña,” le dijo “¡tú vales para mí más que todo el oro del mundo!”

Blanca Nieves

(Cuento de los Hermanos Grimm)

Era mediados de invierno y los copos de nieve caían del cielo como plumas. Una reina se encontraba sentada, cosiendo junto a la ventana. La ventana estaba enmarcada de una fina madera negra, llamada ébano. Mientras cosía, la reina se entretenía viendo caer la nieve. De pronto, se pinchó el dedo con la aguja, y cayeron tres gotas de sangre sobre la nieve. Cuando la reina vio cuan roja y brillante se veía, dijo: “Oh, quisiera tener una

niña tan blanca como la nieve, con labios tan rojos como la sangre y cabello tan negro como el ébano de mi ventana.”

No mucho tiempo después, la reina tuvo una hija con la piel tan blanca como la nieve, labios tan rojos como la sangre y cabellos tan negros como el ébano. Pero al nacer la niña, la reina murió. La pequeña fue llamada “Blanca Nieves.”

Después de un año, el rey se casó nuevamente. Su esposa, la nueva reina, era una mujer muy bella, pero terriblemente orgullosa. No podía soportar siquiera el pensar que alguien pudiera ser más bella que ella. Tenía un espejo mágico en el que ella se miraba, y decía:

ILUSTRACIÓN

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

Y el espejo respondía:

*“Reina y señora preciosa,
tú eres la más hermosa”*

Y ella se sentía satisfecha, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Mientras tanto, Blanca Nieves crecía más y más hermosa, y cuando tenía siete años era ya más hermosa que el día y mucho más bella que la misma reina. Un día, la reina fue hacia su espejo y le dijo:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

Y el espejo le respondió:

*“Aunque aún eres hermosa, reina y señora,
pero Blanca Nieves es más bella ahora”*

Cuando la reina oyó esto, se puso verde de envidia y desde ese momento su corazón odió a Blanca Nieves. Los celos y rencor crecieron en ella como una semilla, hasta que un día llamó a un cazador y le dijo: “Llévate a la niña a lo más profundo del bosque, para que nunca más mis ojos puedan verla. Mátala y tráeme su corazón como prueba de su muerte.”

El cazador llevó a la niña hasta el bosque. Pero cuando sacó su espada, Blanca Nieves empezó a suplicar: “Querido cazador, déjeme ir. Me iré lejos, a lo más profundo del bosque y nunca regresaré.”

El cazador se compadeció de la niña, y dijo: “¡Pues vete, entonces, pobre niña. Huye!”

Pero pensó que los animales salvajes del bosque se la comerían de todos modos. En ese preciso momento vino corriendo un jabalí salvaje; el cazador lo mató y le arrancó el corazón, el cual llevó a la reina.

Cuando Blanca Nieves se encontró sola en el bosque, sintió mucho miedo; no sabía

qué hacer. Hasta las hojas de los árboles parecían amenazarla. Empezó a correr sobre afiladas piedras y entre el espeso follaje, y aunque las bestias salvajes la vieron, no le hicieron daño. Corrió tanto como sus pies se lo permitieron, hasta que al fin, al atardecer, llegó hasta una pequeña casa en el bosque.

Blanca Nieves entró a la casita para descansar. Dentro de la casa, todo era muy pequeño, pero tan limpio y ordenado como era posible. Pegadas a la pared, había siete pequeñas camitas, una junto a otra, cubiertas con colchas blancas muy limpias. Cerca de las camas había una mesita, cubierta con un mantel blanco y siete pequeños platos, siete pequeños tenedores y cuchillos, y siete tacitas. Blanca Nieves tenía mucha hambre, pero no quería comerse la comida de nadie, así que comió un poco de puré y un pedazo de pan de cada platito y un sorbo de cada tacita. Después de eso, se sintió tan cansada, que se echó en una de las camitas y se quedó dormida.

Al anochecer, los dueños de la casita regresaron. Eran siete enanitos, que trabajaban todos los días en las montañas, cavando con sus picos y palas en busca de oro. Apenas encendieron sus siete velas, se dieron cuenta que las cosas en la casa estaban diferentes de como las habían dejado.

El primer enano dijo: “¿Quién se ha sentado en mi silla?”

El segundo dijo: “¿Quién ha estado comiendo de mi plato?”

El tercero agregó: “¿Quién se ha comido un pedazo de mi pan?”

El cuarto preguntó: “¿Quién ha estado probando mi puré?”

Y dijo el quinto: “¿Quién ha estado usando mi tenedor?”

Y el sexto dijo: “¿Quién ha estado cortando con mi cuchillo?”

Y agregó el séptimo: “¿Quién ha estado bebiendo de mi taza?”

Entonces, echó una mirada alrededor y vio a Blanca Nieves acostada en su cama. Llamó a gritos a los otros y todos fueron corriendo con sus velas, y dijeron “¡Oh, por la gracia de Dios! ¡Qué niña tan hermosa!” Tanto júbilo sintieron al verla, que no la despertaron.

A la mañana siguiente, Blanca Nieves se despertó y vio a los siete enanitos, y primero se asustó. Pero ellos parecían muy amigables; le preguntaron su nombre y ella se los dijo. Y les contó cómo su madrastra había ordenado matarla, cómo el cazador le había perdonado la vida, y cómo había corrido durante todo el día, hasta que finalmente encontró la casita.

Entonces los enanitos le dijeron: “Si te haces cargo de la casa, cocinas, lavas la ropa, tiendes las camas y mantienes todo ordenado, te puedes quedar con nosotros. Y nosotros nos aseguraremos de que tengas todo lo que necesites.”

ILUSTRACIÓN

“¡Me encantaría hacerlo!” dijo Blanca Nieves.

Y así, Blanca Nieves se quedó. Todas las mañanas los enanitos partían hacia las montañas a buscar oro. Mientras ellos estaban ausentes, Blanca Nieves se quedaba sola en casa. Los enanitos le advirtieron que tuviera cuidado, diciendo: “¡No dejes entrar a

nadie en la casa! Ten cuidado con tu madrastra, porque ella podría averiguar que estás aquí.”

Y efectivamente, un día a la reina se le ocurrió mirarse al espejo y le preguntó:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

El espejo le respondió:

*“Oh, reina y señora, en verdad eres bella,
pero Blanca Nieves, que vive en el valle
con los siete hombrecitos
es mil veces más bella”*

La reina montó en cólera. Sabía que el espejo decía la verdad, así que se dio cuenta que el cazador la había engañado y que Blanca Nieves debía estar viva. Pensar que existía alguien más bella la llenaba de furia y empezó a planear cómo librarse de Blanca Nieves. Se disfrazó de una viejecita, para que nadie la reconociera. Luego marchó por entre las siete montañas, hasta llegar a la casa de los enanitos. Tocó a la puerta y empezó a pregonar: “¡Vendo cosas hermosas! ¡Vea estos preciosos lazos de seda!”

Blanca Nieves se asomó a la ventana. “No debo sentir miedo de dejar entrar a esta viejecita,” pensó. Así que abrió la puerta y compró un lindo lazo.

“Ven acá, niña, deja que te lo ponga.” Blanca Nieves no veía razón para desconfiar de la anciana, así que dejó que ella se lo amarrara a la cintura. Pero la mujer apretó tanto, que la dejó sin respiración, hasta que cayó al suelo como muerta.

“Ahora,” dijo la reina “ya no eres la más bella.” Y salió corriendo de la casa.

Poco tiempo después llegaron los enanitos. Se horrorizaron al ver a Blanca Nieves tendida sobre el piso, tan quieta, que pensaron que estaba muerta. Entonces notaron que tenía un apretado lazo en la cintura y lo cortaron. Enseguida, Blanca Nieves empezó a respirar nuevamente, y poco a poco fue volviendo a la vida. Cuando les contó a los enanitos lo que había pasado, ellos le dijeron: “¡Esa vendedora era la malvada reina! No vuelvas a dejar entrar a nadie cuando no estemos.”

Para ese entonces, ya la reina había regresado a casa. Fue directamente hacia su espejo y le preguntó:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

Y el espejo le respondió:

*“Oh, reina y señora, en verdad eres bella,
pero Blanca Nieves, que vive en el valle
con los siete hombrecitos
es mil veces más bella”*

“¡Todavía esta viva!” chilló la reina. “¡Debo pensar en algo que la destruya de seguro!” Y, diciendo unas palabras mágicas, envenenó un peine. Luego se transformó para parecer una anciana diferente, y se fue, cruzando las siete montañas, hasta la casa de los siete enanitos. Al llegar, tocó a la puerta y empezó a pregonar: “¡Vendo cosas hermosas!”

Pero Blanca Nieves respondió: “¡Váyase, no puedo dejar entrar a nadie!”

“Bueno, pero seguramente no habrá problema con que des una mirada,” y sacó el precioso peine envenenado. A la niña le gustó tanto el peine, que sin dudarlo, abrió la puerta.

“Ahora peinaré tu cabello como se debe hacer,” le dijo la anciana. Pero apenas pasó el peine por el cabello de Blanca Nieves, el veneno hizo efecto y la joven cayó al piso como muerta.

“Ahora sí, mi pequeña belleza, este es tu fin,” dijo la malvada reina y salió corriendo.

Afortunadamente para Blanca Nieves, los enanitos llegaron temprano a casa. Al entrar vieron el peine envenenado aún entre los cabellos de la niña, y tan pronto como se lo quitaron, Blanca Nieves se incorporó y les relató lo que había sucedido. Los enanitos le advirtieron una vez más, que no debía abrirle la puerta a nadie.

Cuando la reina llegó a casa, fue directamente hacia su espejo y le preguntó:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

El espejo le respondió:

*“Oh, reina y señora, en verdad eres bella,
pero Blanca Nieves, que vive en el valle
con los siete hombrecitos
es mil veces más bella”*

La reina tembló de furia. “Blanca Nieves morirá,” dijo, “aunque eso me cueste la vida.” Se encerró en un cuarto oscuro y secreto, preparó un veneno terrible y envenenó con él una manzana. Esta era tan grande, hermosa y roja, que cualquiera que la viera anhelaría comérsela, pero quien comiera siquiera un pedazo, moriría. Luego la reina se disfrazó de una pobre anciana y cruzando las siete montañas, llegó hasta la casa de los siete enanitos.

Cuando oyó que tocaban a la puerta, Blanca Nieves sacó la cabeza por la ventana y dijo: “No puedo dejar entrar a nadie. Los siete enanitos me han advertido que no lo haga.”

“¡Qué vamos a hacer! Me iré,” dijo la mujer. “Pero déjame regalarte una de mis manzanas.”

“No, gracias,” respondió Blanca Nieves. “No debo recibir nada.”

“Dios mío, niña, actúas como si las manzanas estuvieran envenenadas,” dijo la anciana. “Mira, yo me comeré un pedazo de la manzana, ¿está bien?” Y partió la manzana en dos.

Pero la manzana estaba envenenada sólo por un lado—que era el que le ofrecía a Blanca Nieves. La niña miraba la hermosa manzana y tanto le provocaba comerla, que cuando vio a la anciana morder el pedazo que ella tenía, no pudo resistir más. Salió, tomó la manzana y le dio un mordisco, y enseguida cayó al suelo, muerta.

La reina rió muy fuerte, diciendo: “¡Serás blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como el ébano, pero esta vez los enanos no podrán hacer nada por ti!”

Al llegar a casa fue corriendo hacia su espejo y le preguntó:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

Y esta vez el espejo le respondió:

“Ahora eres tú la más bella entre las bellas.”

Al volver a casa los enanitos encontraron muerta a Blanca Nieves. La levantaron buscando un lazo que cortar, o un peine entre sus cabellos, pero no encontraron nada, y nada de lo que hicieron ayudó a la niña. Estaba muerta. Y los siete enanos se sentaron alrededor de ella, y durante tres días la estuvieron llorando. Y la hubieran enterrado, de no ser porque se veía tan lozana y viva, con sus hermosas mejillas tan sonrosadas, que dijeron: “No podemos esconderla bajo tierra.” Y construyeron una urna de cristal donde pusieron su cuerpo, grabaron su nombre en letras doradas y la colocaron en lo alto de una montaña. Había un enanito siempre de guardia, vigilándola. Los pajaritos venían y cantaban tristes cantos alrededor de la urna.

Por muchos años Blanca Nieves yació en su urna, y durante todo ese tiempo se mantuvo como si estuviera dormida, con la piel blanca como la nieve, los labios rojos como la sangre y el cabello negro como el ébano. Un día, un príncipe que cabalgaba por el bosque se detuvo en la cabaña de los enanitos. Desde allí pudo ver la urna sobre la montaña y a la bella Blanca Nieves en ella. Entonces les dijo a los enanos: “Véndanme la urna y les pagaré lo que pidan.”

Pero los enanitos le respondieron que no se separarían de ella, ni por todo el oro del mundo. El príncipe les dijo: “Entonces, les ruego que me la regalen, pues ya no podría vivir sin contemplarla.” Los buenos enanitos se compadecieron de él y al fin le entregaron la urna. El príncipe llamó a sus siervos para que la bajaran de la montaña. Pero mientras lo hacían tropezaron, por lo que la urna se sacudió y el pedazo de manzana envenenada saltó de la garganta de Blanca Nieves.

Blanca Nieves se sentó y preguntó: “¡Oh! ¿Dónde estoy?”

El príncipe, lleno de gozo, le dijo: “Estás cerca de mí y te amo más que a nada en el mundo. Ven al palacio de mi padre y sé mi esposa.”

Se celebró una espléndida boda. La madrastra de Blanca Nieves, la malvada reina, también fue invitada a la boda. Cuando se estaba vistiendo con sus mejores prendas, se le ocurrió preguntarle al espejo:

*“Espejito, espejito que destellas,
dime quién es la más bella entre las bellas”*

Y el espejo le respondió:

*“Aunque aún eres bella, reina y señora,
la novia del príncipe es más bella ahora.”*

Y la reina gritó con furia. Al principio pensó no ir a la boda, pero después decidió ir para ver a la novia. Y cuando la vio y reconoció a Blanca Nieves, se llenó de un odio terrible. En un arranque de furia, empezó a gritar y a zapatear, saltando sobre el piso como si le quemaran los zapatos; luego cayó al piso y se murió.

Blanca Nieves y el príncipe vivieron felices por siempre.

¿Cuántas manchas tiene un leopardo?

(Cuento del folklore africano, relatado por Julius Lester)

Una mañana, estaba el Leopardo haciendo lo que más disfrutaba hacer: mirando su imagen reflejada en el lago. ¡Qué guapo era! ¡Qué espléndida era su piel! ¡Ah! ... ¡y esas manchas en su piel! ¡Podía haber algo en la creación más espléndido?

El éxtasis en que el Leopardo se encontraba fue roto cuando el agua del lago se empezó a mover. Repentinamente, la fea cabeza del Cocodrilo apareció sobre la superficie.

El Leopardo retrocedió de un salto. No porque le tuviera miedo. El Cocodrilo no lo molestaría. Pero de todos, modos, con él nunca se estaba seguro.

“Buenos días, Leopardo,” le dijo el Cocodrilo. “Veo que te estás mirando otra vez. Eres la criatura más vanidosa de toda la creación.”

El Leopardo no se sintió avergonzado. “Si tu fueras tan guapo como yo, si tuvieras tan hermosas manchas, también tú serías vanidoso.”

“¡Manchas!” “¿Quién necesita manchas? Amas tanto tus manchas, que probablemente te pases todo el día contándolas.”

Esa idea nunca se le había ocurrido al Leopardo. “¡Qué idea tan maravillosa!” exclamó. “Me gustaría mucho saber cuántas manchas tengo.” Se detuvo. “Pero son demasiadas para que pueda contarlas yo solo.”

Pero la verdad era que el Leopardo no sabía contar. “Tal vez tú podrías contarlas por mí, Cocodrilo.”

“¡A ningún precio!” respondió el Cocodrilo. “Tengo mejores cosas que hacer que contar manchas.” Y palmeando molesto su cola contra el agua, se sumergió.

El Leopardo soltó una risa ahogada. “El Cocodrilo tampoco sabe contar.”

Y se puso a caminar por la orilla del lago, hasta que se encontró con la Comadreja. “Buenos días, Comadreja. ¿Podrías contar mis manchas por mí?”

“¿Quién ... yo? ¿Contar? Claro. Uno-dos-tres-cuatro.”

“¡Fabuloso!” exclamó el Leopardo. “Tú, sí, sabes contar.”

La Comadreja negó con la cabeza. “No sé. ¿Qué te hace pensar que sé contar?”

“Pero si lo acabas de hacer. Dijiste ‘uno-dos-tres-cuatro’. Eso es contar.”

La Comadreja negó nuevamente con la cabeza. “Contar es más difícil que eso. Hay algo que viene después de cuatro, pero yo no lo sé qué es.”

“Oh,” dijo el Leopardo. “Me pregunto quién sabrá lo que viene después de cuatro.”

“Bueno, si preguntas en el lago cuando todos los animales vienen a beber, de seguro encontrarás alguien que sepa contar.”

“¡Tienes razón, Comadreja! Y le daré un gran premio al que me diga cuántas manchas tengo.”

La Comadreja estuvo de acuerdo. “¡Qué gran idea!” dijo.

Esa tarde, los animales se encontraban reunidos en el lago para beber agua. El Leopardo anunció que daría un magnífico premio a aquél que pudiera contarle las manchas.

ILUSTRACIÓN

El Elefante dijo que él debía ser el primero, puesto que era el mayor y más grande de todos.

“Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-diez,” contó el Elefante en voz muy alta y muy rápido. Luego tomó aire y empezó nuevamente: “Uno-dos-tres-cuatro-cinco-se—”

“¡No! ¡No! ¡No!” le interrumpieron los otros animales. “Ya contaste hasta diez una vez.”

El Elefante miró por debajo de su trompa a los otros animales. “Perdón. Les agradecería que no me interrumpieran cuando estoy contando. Ya me hicieron olvidar en qué iba. A propósito ... ¿en qué iba? Creo que iba por el segundo diez.”

“¿El segundo diez?” preguntó el Antílope. “¿Qué es eso?”

“Los números que vienen después del primer diez, por supuesto. No me interesa mucho esos once, doce, trece ... es mucho más sensato contar dos veces hasta diez y eso da veinte. Eso es multiplicar.”

Ninguno de los otros animales sabía de lo que el Elefante estaba hablando.

“¿Por qué no empiezas de nuevo?” sugirió la Vaca.

El Elefante empezó nuevamente y contó dos veces hasta diez, luego se detuvo. Arrugó el ceño y miró muy confundido. Finalmente dijo: “El Leopardo tiene más de veinte manchas.”

“¿Cuántas más de veinte?” quiso saber el Leopardo.

El Elefante frunció aún más el ceño. “Muchas.” Luego se animó. “De hecho tienes tantas más de veinte, que simplemente no tengo tiempo para contarlas ahora. Tengo un compromiso importante al que no puedo llegar tarde.” Y el Elefante empezó a alejarse.

“¡Ja, ja, ja!” se rió la Mula. “Apuesto a que el Elefante no sabe contar más de veinte.”

La Mula tenía razón.

“¿Tú puedes contar más de veinte?” le preguntó el Leopardo a la Mula.

“¿Quién, yo? Yo solo puedo contar hasta cuatro, porque ese es el número de patas que tengo.”

El Leopardo suspiró. “¿Alguien puede contar más allá de veinte?” preguntó el Leopardo quejumbrosamente.

El Oso le dijo: “Bueno, una vez yo conté hasta cincuenta. ¿Es eso suficiente?”

El Leopardo se encogió de hombros. “No lo sé. Podría ser. ¿Por qué no tratas y ya veremos?”

El Oso estuvo de acuerdo. “Empezaré por tu cola. Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis - mmm. ¿Es ésa una mancha o dos manchas?”

Todos los animales se amontonaron alrededor para ver más de cerca. Discutieron durante un rato y finalmente estuvieron de acuerdo en que debía contarse como una sola mancha.

“Y ahora, ¿dónde me quedé?” preguntó el Oso.

“Cinco,” respondió el Pavo.

“Era seis, Pavo,” dijo el Gallo.

“Mejor que comiences de nuevo,” sugirió el Cuervo.

El Oso empezó nuevamente y llegó hasta once. “Once. Esa mancha de allí es muy bonita, Leopardo.”

“¿Cuál de ellas?” quiso saber el Leopardo.

“Esa de allí. Ay querido, ¿o era aquélla? Ambas son exquisitas. Pero ya no se dónde me quedé. Tendré que empezar de nuevo.”

Esta vez el Oso contó hasta veintinueve y entonces se detuvo repentinamente. “Ahora, ¿qué viene después de veintinueve?”

“Creo que treinta,” añadió la Tortuga.

“¡Eso es!” exclamó el Oso. “Y ahora, ¿dónde me quedé?”

“Todavía estás en la cola,” intervino el León.

“Sí, ¿pero ésa era la mancha veintinueve, o es ésta de acá?”

Los animales empezaron a discutir nuevamente.

“Sería mejor que comiences de nuevo,” sugirió la Vaca.

“¿Comenzar de nuevo qué?” preguntó el Conejo, que acababa de llegar.

Los animales le explicaron al Conejo acerca de la dificultad que tenían para contar las manchas del Leopardo.

“¿Eso es todo?” preguntó el Conejo. “Yo tengo la respuesta para eso.”

“¿La tienes?” exclamaron todos los animales, incluso el Leopardo, al unísono.

“Ciertamente. En realidad es bastante simple.” El Conejo señaló una de las manchas del Leopardo. “Esta es oscura.” Señaló otra. “Esta es clara. Oscura, clara, oscura, clara, oscura, clara.” El conejo continuó de esa forma hasta que hubo tocado todas las manchas del Leopardo.

“Es simple,” concluyó. “El Leopardo tiene sólo dos manchas: las oscuras y las claras.”

Todos los animales comentaron lo astuto que era el Conejo, todos ellos, excepto el Leopardo. El sabía que algo estaba mal con la cuenta que había hecho el Conejo, pero, a menos que aprendiera a contar, nunca sabría qué es lo que estuvo mal.

El Leopardo no tuvo otra opción que darle al Conejo el magnífico premio.

¿Cuál creen que fue el premio?

¡Qué otra cosa podría ser sino una foto del mismo Leopardo!

¿QUÉ ES UN AUTOR?

Les presentamos a Julius Lester. Él es profesor y autor. Un autor es un escritor. Los autores escriben libros. Muchos de esos libros cuentan historias.

A Julius Lester le encanta contar historias. El las escribe para poder compartirlas contigo. Algunas veces él inventa historias de su propia imaginación y luego las escribe. Otras veces escribe historias que, por años, las gentes se han estado contando—como la historia de “¿Cuántas manchas tiene el Leopardo?”—y las escribe de la manera que a él le gusta contar.

Julius Lester es autor de muchos libros. Ha ganado premios por su obra. Si vas a una biblioteca encontrarás muchos libros que dicen “Por Julius Lester.”

Cuando te sientes a leer un libro, averigua quién es el autor. ¿Tienes algún autor favorito? Si lo tienes, la próxima vez que vayas a la biblioteca busca más libros escritos por esa persona.

¿Te gusta contar historias? Algún día cercano aprenderás a escribirlas; entonces ¡tú también podrás ser un autor!

FOTOGRAFÍA. *Julius Lester, autor*

En el que Pooh va de visita y termina en un estrecho lugar

(Una selección de los cuentos de *Winnie-the-Pooh*, por A. A. Milne)

Eduardo Oso, más conocido por sus amigos como Winnie-the-Pooh, o simplemente Pooh, se encontraba un día caminando por el bosque, tarareando orgullosamente una canción. Él había inventado un pequeño estribillo esa mañana mientras practicaba sus ejercicios de fortalecimiento frente al espejo: *Tra-la-la, tra-la-la*, mientras se estiraba hacia arriba, lo más alto que podía, luego *tra-la—oh, ¡ay!—la*, tratando de tocarse los dedos de los pies. Después del desayuno estuvo repitiéndolo una y otra vez hasta que se lo había aprendido de memoria, y ahora lo estaba canturreando apropiadamente. Era algo como esto:

*Tra-la-la, tra-la-la,
Tra-la-la, tra-la-la
Rum-tum-tidel-um-tum.
Tidel-idel, tidel-idel,
Tidel-idel, tidel-idel,
Rum-tum-tum -tidel-um.*

Bueno, iba tarareando este estribillo y paseando alegremente, pensando en lo que los

demás estarían haciendo, y en cómo se sentiría siendo otra persona, cuando repentinamente llegó hasta un banco de arena con un gran hoyo.

“¡Ajá!” dijo Pooh. (*Rum-tum-tidel-um-tum.*). “Si sé algo de algo, ese hoyo significa conejo” dijo, “y conejo significa compañía,” dijo otra vez “y compañía significa comida y que me escuchen tarareando y cosas como esa. *Rum-tum-tum -tidel-um.*”

Entonces se agachó, metió la cabeza en el hoyo y llamó:

“¿Hay alguien en casa?”

Repentinamente escuchó un sonido como si escarbaran dentro del hoyo y luego silencio.

“Lo que dije fue: ¿hay alguien en casa?” repitió Pooh en voz muy alta.

“¡No!” dijo una voz y luego agregó, “No necesitabas gritar tan fuerte, ya te escuché muy bien la primera vez.”

“¡Caramba!” dijo Pooh “¿No hay nadie aquí?”

“¡Nadie!”

Winnie-the-Pooh, sacó la cabeza del hoyo y pensó un momento para sí mismo: “Tiene que haber alguien allá dentro, porque alguien tiene que haber dicho ‘nadie’.” Metió la cabeza nuevamente en el hoyo y dijo:

“¡Hola, Conejo! ¿eres tú?”

“No,” dijo el conejo, con una voz diferente esta vez.

“Pero, ¿no es esa la voz del Conejo?”

“No lo creo” dijo el Conejo. “No se supone que lo sea.”

“¡Oh!” dijo Pooh.

Sacó la cabeza del hoyo, pensó un momento y luego la volvió a meter y dijo:

“Bueno, ¿sería tan amable de decirme dónde está el Conejo?”

“El se ha ido a ver a su amigo el Oso Pooh, que es un gran amigo de él.”

“¡Pero ese soy yo!” dijo el Oso muy sorprendido.

“¿Qué clase de yo?”

“El Oso Pooh.”

“¿Estás seguro?” dijo el Conejo aún más sorprendido.

“Muy, muy seguro,” respondió Pooh.

“Ah, bueno, entonces entra.”

ILUSTRACIÓN

Pooh empujó y empujó su cuerpo hasta que ingresó al hoyo.

“Tenías razón” dijo el Conejo, mirándolo de arriba a abajo. “Este eres tú. Gusto de verte.”

“¿Quién creías que era?”

“Bueno, no estaba seguro. Tú sabes cómo es este bosque. No puedes estar dejando entrar a cualquiera a tu casa. Uno tiene que ser cuidadoso. ¿Quieres un bocado de algo?”

A Pooh siempre le agradaba tener algún pequeño bocado a las once de la mañana y se alegró mucho al ver que el Conejo sacaba los platos y jarros, y cuando éste le preguntó: “¿Miel o leche condensada con tu pan?” estaba tan animado que dijo: “Ambos”

y luego, para no parecer hambriento, agregó: “pero no te preocupes del pan, por favor.” Y por largo rato después de eso, no dijo nada ... hasta que, tarareando para sí mismo con voz pegajosa, se paró, saludó al Conejo con un amistoso apretón de manos y dijo que debía continuar su camino.

“¿Debes?” preguntó el Conejo educadamente.

“Bueno” dijo Pooh, “me podría quedar un poco más si tú ...,” y trató con gran esfuerzo, de ver en dirección de la despensa.

“De hecho” dijo el Conejo, “yo también estaba por salir.”

“Oh, bueno, entonces continuaré mi camino. Adiós.”

“Bueno, adiós, si es que no vas a comer nada más.”

“¿Hay algo más?” preguntó Pooh rápidamente.

El Conejo destapó los platos y dijo, “no, no hay nada más.”

“Pensé que no” dijo Pooh, asintiendo. “Bueno, adiós. Debo marcharme.”

Entonces empezó a trepar para salir del hoyo. Jaló con las garras anteriores y empujó con las garras posteriores. En un momento su nariz ya estaba afuera nuevamente ... después las orejas ... luego las garras anteriores ... entonces los hombros ... y luego—

“¡Auxilio!” dijo Pooh. “Mejor regreso.”

“¡Caramba!” dijo Pooh. “Debo continuar.”

“No puedo hacer ni lo uno ni lo otro” dijo Pooh. “¡Auxilio!”

Para ese entonces el Conejo también quiso salir a dar una caminata, pero como encontró la puerta principal ocupada, salió por la puerta posterior y caminó hasta donde estaba Pooh, mirándolo.

“Hola, ¿estás atorado?” preguntó.

“N-no” dijo Pooh con aire indiferente. “Tan solo estoy descansando y tarareando.”

“A ver, dame una pata.”

El Oso Pooh estiró una pata y el Conejo jaló y jaló y jaló.

“¡Auch!” gritó Pooh. “Me estas haciendo daño.”

“El hecho es,” dijo el Conejo, “que estás atorado.”

“Todo esto se debe,” contestó Pooh, “a que no tienes una puerta principal lo suficientemente grande.”

“Todo esto se debe,” dijo el Conejo con firmeza, “a que has comido demasiado. Lo cual pensé en su momento” dijo el Conejo, “sólo que no quise decir nada ... ,” agregó, “... que uno de nosotros estaba comiendo demasiado” dijo, “y yo sabía que no era yo.” “Bueno, bueno, debo ir y traer al Petirrojo Chistopher.”

El Petirrojo Chistopher, vivía en el otro extremo del bosque y cuando regresó con el Conejo y vio la mitad superior de Pooh, dijo, “Tonto oso viejo,” con una voz tan cariñosa, que todos recobraron la esperanza nuevamente.

“Estaba empezando a pensar” dijo el oso, sollozando apenas, “que el Conejo no podría usar su puerta principal nunca más. Y yo odiaría eso” dijo.

“Y yo también,” dijo el Conejo.

“¿Usar su puerta principal nuevamente?” dijo el Petirrojo Chistopher. “Por supuesto que usará su puerta principal nuevamente.”

“Bien,” dijo el Conejo.

“Si no podemos sacarte hacia afuera, Pooh, podríamos empujarte de vuelta hacia adentro.”

El Conejo se rascó los bigotes y señaló que una vez que Pooh fuera empujado hacia adentro, él estaría adentro, y por supuesto que no hay nadie que esté más contento que él de ver a Pooh, sin embargo, algunos viven en árboles y otros viven bajo tierra, y ...

“¿Quieres decir que nunca saldré?” dijo Pooh.

“Quiero decir,” dijo el Conejo, “que habiendo llegado tan lejos, eso sería un desperdicio, empujarte hacia adentro.”

El Petirrojo Chistopher asintió.

“Sólo hay una cosa que hacer,” dijo él. “Tendremos que esperar a que adelgaces de nuevo.”

“¿Cuánto tiempo tardará esto?” preguntó Pooh ansiosamente.

“Yo diría que alrededor de una semana.”

“¡Pero yo no puedo quedarme aquí *una semana!*”

“Puedes *quedarte* perfectamente aquí, viejo oso tonto. Lo difícil es sacarte de aquí.”

“Te leeremos en voz alta,” dijo el Conejo alegremente. “Y espero que no nieve,” agregó.

“Y yo digo, viejo amigo, que ya que estás ocupando buena parte de mi casa—¿te importaría si uso tus patas traseras como perchero para mis toallas? Porque, yo digo, si están ahí sin hacer nada, sería muy conveniente que colgara mis toallas en ellas.”

“¡Una semana!” dijo Pooh muy abatido. “¿Y *qué hay de las comidas?*”

“Me temo que no habrá comidas,” dijo el Petirrojo Chistopher, “para que adelgaces rápidamente. Pero te leeremos.”

El oso empezó a suspirar, y entonces se dio cuenta que ni eso podía hacer, de tan atorado que estaba; y mientras rodaba una lágrima por su mejilla, dijo: “Entonces, ¿me leerían un libro que dé consuelo y que ayude a reconfortar a un oso acuñado en un hoyo muy estrecho?”

Y así, durante una semana entera, el Petirrojo Chistopher leyó esa clase de libros frente a la mitad superior de Pooh, mientras que el Conejo tendía sus toallas en la mitad inferior ... y en su parte media, el oso sentía que se adelgazaba más y más. Al final de la semana, el Petirrojo Chistopher dijo: “*¡Ahora!*”

Así que cogió a Pooh por las garras anteriores y el Conejo lo sostuvo a él, mientras que todos los amigos y parientes del Conejo lo sostenían y todos juntos jalaron.

Y por mucho tiempo, Pooh sólo decía “*¡Au!*”

Y “*¡Ay!*”

Y de repente, Pooh gritó: “*¡Pop!*” como si se estuviera descorchando una botella.

Y el Petirrojo Chistopher y el Conejo y todos los amigos y parientes del Conejo cayeron de espaldas, y encima de ellos cayó Winnie-the-Pooh, ¡libre!

Y así, muy agradecido a sus amigos, continuó con su caminata por el bosque, canturreando orgullosamente. Pero, el Petirrojo Chistopher se quedó mirándolo cariñosamente y dijo para sí: “*¡Tonto oso viejo!*”

PADRES: Busquen el libro *Winnie-the-Pooh* de A.A. Milne para más historias de este personaje y sus amigos: el Conejo, el Lechón, Eeyore, Kanga y Roo, y el Petirrojo Christopher, pero no el Tigre—ese fortachón amigo es presentado en otro libro, *The House at Pooh Corner*, una selección que usted encontrará en *What Your First Grader Needs to Know* (edición revisada).

El Conejo de Terciopelo; o cómo los juguetes se vuelven reales

(Adaptado del original por Margery Williams)

Había una vez un conejo de terciopelo, que en un principio era verdaderamente espléndido. Era gordito y suave, como debe ser un conejo; su piel era blanca con manchas pardas; tenía bigotes de hilo y sus orejas estaban forradas de satén color rosa. Aquella mañana de Navidad, sentado sobre la media del niño, con una ramita de acebo entre sus patas, se veía encantador.

Había otras cosas en la media: nueces y naranjas, un carrito de juguete, almendras de chocolate y un ratón de cuerda, pero el Conejo era el mejor de todos. Durante dos horas por lo menos, el niño lo adoró, pero con el alboroto de abrir los paquetes y la emoción de ver todos los regalos, el Conejo de Terciopelo fue rápidamente olvidado.

Durante mucho tiempo vivió en el armario de los juguetes o en el piso del cuarto de juegos, y nadie pensaba mucho en él. El Conejo era tímido por naturaleza, y por ser hecho sólo de terciopelo, algunos juguetes caros lo desairaban. Los juguetes mecánicos eran muy superiores y despreciaban a todos los demás; estaban llenos de ideas modernas y se creían ser de verdad. Pero el Conejo ni siquiera sabía que existían conejos de verdad; pensaba que todos eran rellenos de serrín, tal como él. Así que el pequeño Conejo estaba hecho para sentirse insignificante y ordinario, y el único que se portaba amable con él era el Caballo de Piel.

El Caballo de Piel había vivido en el cuarto de juegos más tiempo que cualquier otro juguete. Era tan viejo que su piel marrón tenía partes ya peladas y casi todo el pelo de su cola había sido arrancado. Era muy sabio, puesto que había visto llegar muchos juguetes mecánicos alardeando y jactándose, y poco a poco sus mecanismos se habían malogrado y habían muerto; sabía que eran sólo juguetes y que nunca se convertirían en algo más que eso. Es que la magia del cuarto de juegos es muy extraña y maravillosa y sólo aquellos juguetes que son viejos, sabios y con experiencia, como el Caballo de Piel, la pueden entender.

ILUSTRACIÓN

“¿Qué es REAL?” le preguntó un día el Conejo. “¿Significa tener cuerda y cosas que zumban dentro de uno?”

“Real no es cómo estás hecho,” le respondió el Caballo de Piel. “Es algo que te sucede. Cuando un niño te ama por un largo, largo tiempo, no sólo para jugar contigo, sino que REALMENTE te ama, entonces te vuelves Real.”

“¿Y eso duele?” le preguntó el Conejo.

“Algunas veces,” dijo el Caballo de Piel, puesto que él siempre decía la verdad. “Cuando eres Real, no te importa ser lastimado.”

“¿Y eso sucede de golpe, como cuando te da cuerda, o poco a poco?” preguntó el Conejo.

“Eso no sucede de golpe,” dijo el Caballo de Piel. “Toma mucho tiempo. Generalmente, cuando ya eres Real, has perdido la mayor parte de tu pelo y se te han salido los ojos, y estás muy gastado. Pero nada de esto te importa en absoluto, porque una vez que eres Real, no puedes ser feo.”

“¿Debo suponer que tú eres Real?” dijo el Conejo.

“El tío del niño me hizo Real,” respondió el Caballo de Piel. “Eso fue hace muchos, muchos años; pero una vez que eres Real, ya no te puedes volver irreal nuevamente. Dura para siempre.”

El Conejo suspiró. Anhelaba ser Real, para saber cómo se sentía, aun cuando la idea de gastarse y perder sus ojos y bigotes lo ponía triste. Deseaba volverse real, pero sin que le secedieran esas cosas tan malas.

Quien controlaba el cuarto de juegos era una persona llamada Nana. Algunas veces ni tomaba en cuenta los juguetes que había regados sobre el piso, pero en otras ocasiones iba llevándose todo a su paso, como un viento fuerte y los ponía a empujones en el armario de juguetes. A esto ella le llamaba “poner todo en orden,” y los juguetes lo odiaban. Al Conejo no le molestaba mucho, pues como quiera que fuera arrojado, caía suavemente.

Una tarde, cuando el niño se iba a acostar, no pudo encontrar el perro de porcelana con el que siempre dormía. La Nana estaba apurada, así que simplemente echó un vistazo alrededor, y viendo que el armario de juguetes estaba abierto, miró al vuelo.

“¡Aquí tienes!” le dijo al niño. “Toma tu viejo Conejito.” Y jaló al Conejo de una oreja, poniéndolo en los brazos del niño.

Esa noche, y por muchas noches, el Conejo de Terciopelo durmió en la cama del niño. Al principio el Conejo se sentía bastante incómodo, pues el niño lo abrazaba fuertemente y algunas veces lo aplastaba con su cuerpo, o lo empujaba tanto contra la almohada, que difícilmente podía respirar. Además, echaba de menos las conversaciones que sostenía todas las noches en el cuarto de juegos con el Caballo de Piel, cuando la casa estaba en silencio. Pero muy pronto esto le empezó a gustar, porque el niño le hablaba y hacía lindos túneles bajo la ropa de cama, que, según decía, eran como las madrigueras donde habitan los conejos de verdad. Y cuando el niño se quedaba dormido, el Conejo se acurrucaba bajo el tibio mentón del niño y dormía, con las manitas del niño rodeándolo toda la noche.

Y así fue pasando el tiempo, y el Conejito se sentía muy feliz—tan feliz, que no se daba cuenta que su hermosa piel de terciopelo se gastaba cada vez más, su cola estaba algo descosida y su nariz casi pelada porque el niño la besaba.

Al llegar la primavera, el niño pasaba todo el día jugando con él en el jardín, pues lo llevaba a todas partes. Daban largos paseos en la carretilla, hacían picnics sobre el pasto

y el niño le construía lindas casitas bajo los arbustos. En cierta ocasión se llevaron al niño repentinamente a la casa y el Conejito se quedó en el jardín hasta que oscureció. Pero el niño no quería irse a la cama sin su Conejito y la Nana tuvo que buscarlo usando la luz de una vela para guiarla. El Conejito estaba mojado por el rocío, por lo que tuvo que secarlo con la punta de su delantal para dárselo al niño.

“¿Tienes que tener este viejo Conejo?” le dijo la Nana al niño. “¡Tanto capricho por un juguete!”

El niño se sentó en la cama y se lo arrancó de las manos.

“¡Dame mi Conejito!” le dijo. “El no es un juguete. ¡Es REAL!”

Cuando el pequeño Conejo escuchó eso, se puso feliz porque sabía que lo que dijo el Caballo de Peluche se había hecho realidad finalmente. La magia del cuarto de juegos lo había tocado a él, ya no era más un juguete. Él era Real. El niño mismo lo había dicho.

Esa noche estaba tan feliz que casi no pudo dormir. Aunque los botones que tenía por ojos habían perdido el brillo hacía mucho tiempo, adquirieron un aspecto inteligente y bello.

¡Aquel verano fue maravilloso!

Había un bosque cerca a la casa donde ellos vivían, donde al niño le gustaba ir a jugar en las largas tardes de junio. El niño llevaba al Conejo de Terciopelo con él y, antes de salir a jugar, le hacía un nido para que se sintiera cómodo y seguro. Una tarde, mientras el Conejo estaba echado solo allí, vio a dos extraños seres aparecer de entre el pasto, muy cerca a él.

Eran conejos como él, pero se veían nuevos y bastante lanudos. Debían estar muy bien hechos, pues no se les veía la costura en ningún sitio, y además, no tenían siempre la misma forma, como él, sino que al moverse cambiaban de forma de una manera peculiar; en un momento eran largos y delgados, y al siguiente eran gordos y compactos. Ellos lo miraron fijamente y el pequeño Conejo los miró a ellos. Y sus narices vibraban, sin dejar de olfatear.

“¿Por qué no te levantas y juegas con nosotros?” le preguntó uno de ellos.

“No me siento con ganas,” dijo el Conejo, porque no quería explicarles que no podía levantarse.

“¿Puedes saltar con tus patas traseras?” le preguntó el conejo lanudo.

Esa era una terrible pregunta, porque el Conejo de Terciopelo ¡no tenía patas posteriores! Su parte posterior estaba hecha de una sola pieza, como una almohadilla de alfileres. Aun así, se sentó inmóvil y esperaba que los otros conejos no lo notaran. Pero los conejos silvestres tienen una vista muy aguda y uno de ellos estiró el pescuezo y miró hacia adentro.

“¡No tiene patas posteriores!” exclamó. Y se empezó a reír.

“¡Si tengo!” gritó el pequeño Conejo. “¡Yo tengo patas posteriores! ¡Estoy sentado encima de ellas!”

“Entonces estíralas y haz así como yo,” dijo el conejo silvestre. Y empezó a girar y a bailar alrededor del Conejo, hasta dejarlo mareado.

“No me gusta bailar,” dijo él. “¡Prefiero quedarme sentado!”

Y en ese momento ansió más que nada poder bailar y un sentimiento nuevo y escalofriante le recorrió todo el cuerpo. El Conejito sintió que daría cualquier cosa por saltar como lo hacían estos conejos.

El conejo forastero dejó de bailar y se le acercó mucho.

“¡El no huele bien!” exclamó. “¡No es un conejo! ¡No es real!”

“¡Yo soy real!” dijo el pequeño Conejo. “¡Yo soy real! ¡El niño me lo dijo!” y por poco se puso a llorar.

Justo en ese momento se escucharon pasos y el niño pasó corriendo cerca de ellos; los dos conejos forasteros desaparecieron como un relámpago de colas blancas.

“¡Regresen y jueguen conmigo!” llamó el pequeño Conejo. “¡Oh, regresen, yo sé que soy Real!”

Pero no hubo respuesta. El Conejo de Terciopelo estaba solo. Por largo rato se quedó echado muy quieto, esperando que ellos regresaran. Pero ellos nunca regresaron, y cuando el sol empezó a ocultarse y las maripositas nocturnas a aparecer, el niño vino y se lo llevó a casa.

Pasaron las semanas y el pequeño Conejo cada vez se ponía más viejo y gastado, pero el Niño lo seguía queriendo, como siempre. Tanto lo quería, que le sacó todos los bigotes, el tono rosado de sus orejas se convirtió en gris y las manchas marrones se fueron destiñendo. Incluso empezó a perder la forma, y ya casi no se veía como un conejo, excepto para el Niño. Para él seguía siendo bello y eso era todo lo que le importaba al pequeño Conejo.

Un día el Niño cayó enfermo.

Su cuerpecito estaba tan caliente que quemaba al Conejo cuando lo tenía pegado a él. Gente extraña entraba y salía de la habitación, y una luz permanecía encendida toda la noche. Durante todo ese tiempo, el Conejito permaneció allí, escondido debajo de la ropa de cama, y casi ni se movía porque tenía miedo de que alguien lo viera y se lo llevara, y él sabía que el niño lo necesitaba.

Por un largo tiempo, el Niño se sintió muy cansado para jugar. El Conejito permaneció acurrucado pacientemente, esperando el día en que el Niño estuviera bien nuevamente y pudieran salir al jardín, entre las flores y las mariposas, a jugar divertidos juegos en las matas de frambuesas, como solían hacerlo.

Finalmente el Niño se mejoró. Ya era capaz de sentarse en la cama y mirar libros de figuras con el Conejito abrazado a su lado. Y un día dejaron que se levantara y se vistiera.

Una mañana soleada y brillante, se llevaron al Niño afuera, lo envolvieron con una manta y el pequeño Conejo se quedó echado, revuelto con la ropa de cama, muy pensativo.

El Niño iría a la costa al día siguiente. Ahora tenían que cumplir las órdenes del doctor. Ellos hablaban de todo esto mientras que el pequeño Conejo permanecía escuchando debajo de la ropa de cama. La habitación debía ser desinfectada y todos los juguetes y libros con los cuales el Niño jugó mientras estuvo en cama tenían que ser

incinerados.

“¡Hurra!” pensó el pequeño Conejo. “¡Mañana iremos a la playa!” El Niño hablaba a menudo de la playa, por lo que el Conejito quería ver las grandes olas, los pequeños canchales y los castillos de arena.

En ese momento lo vio la Nana.

“¿Qué hacemos con este viejo Conejo?” preguntó ella.

“¿Eso?” dijo el doctor. “¡Es una masa de gérmenes de escarlatina! ¡Quémalo!”

Entonces el pequeño Conejo fue colocado en un saco con los viejos libros de dibujos y un montón de desperdicios, y dejado en un rincón del jardín. Este era un buen lugar para hacer una fogata, sólo que el jardinero estaba muy ocupado para hacerlo en ese momento.

Esa noche el Niño durmió en una habitación diferente y tuvo un nuevo conejo para dormir con él, pero estaba muy emocionado para preocuparse de eso. Mañana iría a la playa y no podía pensar en otra cosa que no fuera eso.

Mientras el Niño dormía, soñando con la playa, el Conejito estaba entre los viejos libros de dibujos y los desperdicios, sintiéndose muy solo. El saco fue dejado sin amarrar, por lo que estirándose un poco, fue capaz de sacar la cabeza por la abertura y mirar hacia afuera. Cerca de allí pudo ver el arbusto de frambuesas bajo cuya sombra habían jugado el Niño y él en mañanas pasadas. Pensó en aquellas largas horas que pasaban en el jardín bajo el brillo solar—¡qué felices eran!—y una gran tristeza lo invadió. Pensó en el Caballo de Piel, tan sabio y amable, y todo lo que le había dicho a él. ¿De qué servía haber sido amado y haber perdido la belleza y haberse convertido en Real, si todo terminaba así? De pronto, una lágrima, una verdadera lágrima, rodó por su pequeña y vieja nariz de terciopelo y cayó al suelo.

Algo extraño sucedió en ese momento. Una misteriosa flor creció en el lugar donde había caído la lágrima. Tenía delicadas hojas verdes del color de las esmeraldas, con un botón dorado en el centro. Era tan bella que al Conejito se le olvidó llorar. De pronto, el botón se abrió y de él salió el hada más adorable del mundo. Su vestido estaba hecho de perlas y gotas de rocío, y tenía flores en el cabello y alrededor de su cuello. Ella se acercó al pequeño Conejo, lo tomó entre sus brazos y lo besó en su nariz de terciopelo, empapada por las lágrimas.

“Pequeño Conejo,” dijo ella, “soy el hada mágica del cuarto de juegos. Yo me hago cargo de todos los juguetes que los niños han amado. Cuando están viejos y gastados, y los niños ya no los necesitan más, vengo y los llevo conmigo para hacerlos Reales.

“¿No era yo Real antes?” preguntó el pequeño Conejo.

“Tú eras Real para el Niño,” dijo el hada, “porque él te amaba. Ahora debes ser Real para todos.”

ILUSTRACIÓN

Y apretando contra su cuerpo al pequeño Conejo, voló con él hacia el bosque. Había salido la luna y con su luz lo iluminaba todo. El bosque era hermoso. En un claro, entre los troncos de los árboles, los conejos silvestres bailaban con sus sombras proyectadas en

el aterciopelado césped, pero cuando vieron al hada, todos dejaron de bailar y se reunieron en un círculo alrededor de ella para contemplarla.

“Les he traído un nuevo compañero de juegos,” dijo el hada. “Ustedes deben ser muy amables con él y enseñarle todo lo que debe saber, ¡porque él vivirá con ustedes para siempre!

Volvió a besar al pequeño Conejo y lo puso en el césped.

“¡Corre y juega pequeño Conejo!” le dijo el hada.

Pero el pequeño Conejo se sentó quieto por un momento, sin moverse. Cuando vio a los conejos silvestres bailando a su alrededor, súbitamente recordó sus patas traseras, y no quiso que ellos vieran que estaba hecho de una sola pieza. El no sabía que el hada, al besarlo la última vez, lo había transformado totalmente. Y se hubiera quedado allí por largo tiempo, muy avergonzado como para moverse, si no hubiese sido porque, justo en ese momento, algo le picó en la nariz y, antes de pensar en lo que estaba haciendo, levantó una de sus patas posteriores para rascársela.

¡Y se dio cuenta que tenía patas traseras! En vez del sucio terciopelo, tenía un pelaje marrón, suave y brillante. Podía mover las orejas, sus bigotes eran tan largos que llegaban al césped. Dio un salto, y el placer que sintió al usar sus patas traseras fue tan grande que continuó saltando hacia los lados y girando como lo hacían los otros, alcanzando tal nivel de emoción, que cuando finalmente se detuvo y buscó al hada, ella ya se había ido.

Finalmente era un Conejo Real, y estaba en su hogar, con los otros conejos.

Pasó el otoño y el invierno, y en la primavera, cuando los días se tornaron más tibios y soleados, el Niño salió a jugar en el bosque detrás de la casa. Y mientras estaba jugando, dos conejos se asomaron y lo miraron. Uno de ellos era todo marrón pero el otro tenía unas extrañas marcas debajo de su pelaje, como si mucho tiempo atrás hubiera sido manchado y las manchas aún se pudieran ver a través del pelaje. Y había algo familiar en su pequeña y suave nariz y sus redondos ojos negros, por lo que el Niño pensó para sí “¡Ese luce tan parecido a mi viejo Conejito, que se perdió cuando tuve escarlatina!”

Pero él nunca supo que realmente ése era su viejo conejo, que había regresado a mirar al niño que primero le ayudó a ser Real.

Dos cuentos increíbles

PADRES: Hay algo de verdad en los dos cuentos increíbles que contamos a continuación: tanto Johnny Appleseed como Casey Jones realmente existieron. Pero se sabe que los cuentos increíbles no son verdaderos y como todos los cuentos de este tipo, estas dos historias se basan en gran parte en exageraciones. Presentan personas y hazañas más grandes de lo que fueron en la vida real, pero no más grandes que el espíritu de la gente a quien le encanta contar este tipo de historias.